

"LA PLATERA"

"La Platera" debe tal nombre a que su inteligente dueño quiso cierto día conmemorar determinado acontecimiento juanramoniano. Es una vaca amplia y suave, parsimoniosa y cenicienta, ratina y felicísima en los altos pastos de Ventaniella de los que una mañana agosteña —el día de la feria— la bajó el adolescente Omar —éste con asignaturas suspendidas en la ciudad, pero notabilísimo en las campestres faenas de la siega— acompañada de su hijo que, como ternero bien cuidado y de especial raza, tendría sin duda fácil venta.

Notábase la ausencia de sol en la vaguada pongueta a que descendían atravesando tal cual bosque o pradería; desde lejos podían oírse ya los mugidos y algunas esquillas o cencerros. Al llegar al descubierto puerto de Ventaniella, vieron alrededor de la casa o mesón concentradas las demás reses, todas las que allí permanecerían durante la mañana en un tira y afloja de ofertas y demandas, de estrechamientos y rupturas de palmas, de secretes y volubles pensamientos, de dudas, resquemores, intenciones tortuosas con objeto de que el dinero —en más o en menos— supusiera íntima satisfacción.

Omar logró separar a "La Platera" de su hijo, conduciendo a éste un corral donde se apelonaban otras muchas reses en potencial ajetreo. "La Platera" consintió entonces tal separación porque supo que tenía al ternero allí, muy próximo, al otro lado de la cerca de piedra que por el declive del terreno aparentaba ser más baja aún de lo que era.

Entre roblas, sondeos venales, tratos, intervenciones de mediadores, miradas de curiosos y libaciones en la eventual taberna, continuaba la feria sobre la muy hollada pradería, mientras los distintos verdes —la rala hierba, las masas arbóreas— se conjugaban con el nuboso cielo quieto en su espesura y cierta brisa erizadora.

El hijo de "La Platera", dada su prestancia, su contestura, la armonía y buena distribución de todo su cuerpo, tuvo en seguida un comprador; continuaría sin embargo en el corral, hasta que terminada la feria el nuevo dueño se hiciera cargo de él.

Pastaba tranquilamente "La Platera", ignorante de cuanto se tramaba. Notaba que el hijo no había ido a mamar como tenía por costumbre, pero también sabía que ya por su edad el ternero iría distanciado tal deseo, hasta el día en que lo abandonara por completo. Ahora ambos podían separarse relativamente, pero sabiendo ella siempre que lo tenía más o menos cerca, y que por la noche la densidad de sus alentos convivirían próximos. Quedaba aún lejano el día en que el

hijo se alejara para hacer alarde de su masculinidad, y bajar luego de la alta montaña "cantando" presuntuoso por sus hazañas.

Avanzada la mañana, "La Platera" dejó de pacer y se aproximó al corral, atisbando curiosamente para localizar al ternero difícilmente visible entre las movedizas reses agitando en alocados desplazamientos. Cuando lo vio, pareció avivársele la mortecina mirada de sus dilatados ojos espejando mansudumbre; permaneció quieta al borde de la paredilla, con un estatismo modélico de estatua. Poco después, tranquila, pastó nuevamente, indiferente a los ruidos, a los sonos bulliciosos casi impropios de tal lugar. Apenas se separaba del corral donde su hijo era presa a veces de la confusa marea impetuosamente animal. Paciendo, su anchuroso vientre parecía premoniciar otra futura cría; la ubre añoraba los achuchones del ternero; los cuernos y el rabo contrastaban extremos cierta impavidez con un inconstante movimiento.

Llegó la inevitable hora en que el comprador debía apropiarse del ternero; previamente, Omar había apartado engañosamente a "La Platera" para que no viera salir del corral a su hijo. Ella continuó paciendo, y transcurrido algún tiempo, regresó de nuevo hacia el corral. Muda y asombrada quedó cuando lo vio vacío. Otra vez se quedó quefésima mirando, pero ahora con la incertidumbre brusca de una verdad dura que deseaba fuera no evidente. Pasaron unos minutos y comenzó a llamar a su hijo; eran unos bramidos prolongadamente lastimeros y esparcidos como esperando una respuesta que no le llegaba. Se movió para buscar la puerta del corral; quería cerciorarse de que era cierta la ausencia del hijo. Parecía extraña tanta inquietud en tal corpachón. Avanzó intentando olfatear y seguir el rastro de su hijo —y era capaz de lograrlo pese a los cientos de animales que por el mismo lugar pasaron—. Llamó, bramó nueva y largamente chocando su lamento incrustado en la hermosura del paisaje. Su dueño y otras personas se compadecían de "La Platera" con comentarios supuestos. Entonces Omar dijo que no la llevaría al monte, pues era seguro que aún haciéndolo, ella regresaría otra vez a aquel mismo lugar en busca de su hijo, que lo mejor era dejarla allí hasta que transcurridos tres o cuatro días, cuando comprobara que la ausencia del hijo era absolutamente cierta, se sometiera forzosamente complaciente, uniéndose entonces voluntaria al resto del rebaño. Pero mientras tanto "La Platera" estaría expectante y suplicadora, porque su hijo podía aparecer...

Luciano CASTAÑON.